

lejos de traspasar los límites convenientes á un pariente del Emperador, y mucho mas si se atiene á la costumbre que autorizaba este género de reuniones. Fue tambien instituido obispo de Metz en una época muy estraña, segun lo que ahora se practica entre nosotros, esto es, á los veinticinco años; pero estaban tan bien experimentadas su virtud y madurez, que aun en los tiempos mas rígidos hubieran suministrado un justo motivo de dispensa. Un sacerdote sábio y santo puede ser siempre un digno obispo. Cuando nuestro jóven prelado fue promovido á la silla episcopal, experimentó unas contradicciones que tal vez hubieran hecho titubear á la experiencia mas consumada. Se le disputó desde luego como que todavia no estaba consagrado, el derecho que tenian sus predecesores de proveer los empleos de villa, y no quisieron reconocerle muchas jurisdicciones de su diócesis. Su poderosa familia salió á su defensa y le sostuvo con las armas en la mano; pero se consiguió mucho menos con las expediciones militares que con la prudente conducta, con la moderacion y con el espíritu de persuasion y caridad del santo obispo. Despues de haber triunfado con su prudencia, dió tambien pruebas de su generosidad, y siempre en favor de su iglesia. Su hermano mayor, Valeriano, conde de San Pablo y condestable de Francia, pidió por razon de gastos de guerra algunas indemnizaciones en el territorio del obispado; pero quiso mas bien Pedro ceder á su hermano los bienes que le corres-

pondian por su casa, que consentir en ningun perjuicio de su iglesia.

Este corazon desinteresado, cuyo tesoro estaba en el cielo, nada tenia propio en la tierra. Ya habia dado pruebas de su liberalidad con los pobres cuando no era mas que simple canónigo de París, dándoles al momento todo lo que percibia de las distribuciones cotidianas y cuanto llevaba consigo, pidiendo tal vez prestado á sus criados porque nadie se retirase descontento. Tampoco atesoró en el tiempo en que fue obispo y cardenal (1). Habiendo sido designado para la púrpura, verosíblemente en el mismo año en que fue electo obispo, y no habiéndola recibido hasta despues de dos años, pues solo empezó entonces á residir en Aviñon segun costumbre, se vió precisado á empeñar el anillo pastoral para hacer algunas limosnas urgentes. Vivió en aquella corte como el penitente mas mortificado, y se estenuó de todo punto con sus grandes austeridades. Digno de heredar el reino eterno, murió á los ventiocho años con toda la tranquilidad que puede inspirar la penitencia añadida á una vida inocente, despues de haber recibido todos los sacramentos con un fervor seráfico, y de dejar dispuesto en su testamento que le enterrasen sin pompa ni aparato en el cementerio de los pobres. Se hicieron en su sepulcro muchos milagros insignes, de los cuales tenemos una relacion muy auténtica, firmada por setenta y dos testigos bajo la religion

(1) *Pagi. Brev. Rom. Pont. t. 4. p. 277.*

del juramento. Sin embargo de esto, no fue canonizado con la formalidad acostumbrada, á causa de la larga duracion de las turbulencias del cisma; el Papa, empero, reconocido en Roma con el nombre de Clemente VII, distinto de Roberto de Ginebra, le dió en 1527 el título de Beato.

13. El partido de los clementinos recibió mucha autoridad con la promocion de un cardenal que á la calidad de gran Príncipe reunia la de gran Santo. Pero Clemente no concedió siempre esta dignidad sublime á sugetos de igual distincion, antes bien prodigó sin miramiento alguno la púrpura romana; de suerte que en pocos años hizo tres promociones, una de seis cardenales, otra de nueve, y la tercera de ocho. Urbano creó tambien diez y siete en una sola promocion, para llenar, segun el consejo de Santa Catalina de Sena, el vacío que dejaba en su corte la sublevacion de los antiguos. En una palabra, se envileció tanto esta primera dignidad eclesiástica, que hubo muchos que no quisieron admitirla, y se vió tambien que estos cardenales pasaron de una obediencia á otra. Los anatemas que se fulminaban recíprocamente las dos cabezas, no fijaban en su partido á los inconstantes, y solo servian para hacerle despreciable á una infinidad de fieles.

14. Los excesos y los escándalos se multiplicaban en la misma proporcion, y su resultado era exasperar mas y mas los ánimos (1). Si hemos de

(1) *Vit. Pap. tom. 1. pag. 496. = Niem. cap. 19.*

dar crédito á los autores de aquel tiempo, los clementinos perseguian furiosamente á los prelados, á los sacerdotes y á las demás personas eclesiásticas de la obediencia de Urbano; los prendian por mar y por tierra, los maltrataban con crueldad, los arrojaban en los rios, los quemaban ó les quitaban la vida de cualquiera otro modo no menos violento. En las posesiones que tenia la Iglesia en Campania, en Toscana y Sicilia, se apoderaron de muchas ciudades y castillos, y los arrasaron enteramente, asolaron las campiñas, destruyeron las iglesias y los monasterios, y llenaron todo el pais de muertes y latrocinios. No fue mayor la moderacion de Urbano. Este Papa redujo á la última miseria á los eclesiásticos que ocupaban los puestos mas distinguidos, y que se habian visto en el estado mas brillante. Otros menos constantes, y que solo atendian á satisfacer su codicia, tomaron el partido de hacer la corte al Papa que tenian en su conciencia por intruso, ya fuese con el objeto de conservar las dignidades en cuya posesion se hallaban, ó de obtener nuevas gracias. Hubo algunos que aceptaron beneficios en las dos obediencias, que siguieron alternativamente al Pontífice que mas les daba, y que haciendo un vergonzoso comercio con su obediencia, la estipularon sin pudor por bienes eclesiásticos ó seculares, de los cuales despojaban á sus legítimos poseedores. En fin, este desgraciado cisma produjo la ruina de una infinidad de personas, la degradacion de los hombres de bien, la elevacion

de los vasallos indignos, la depravacion de las costumbres, los errores, la simonía, la rebelion y la apostasía, la multiplicacion de todo género de delitos, y todas las calamidades de la guerra y de la discordia.

15. Pero no por esto se cerró el camino de la salvacion á los fieles que obedecian de buena fe al Papa que creían legitimo. Absteniéndose de los excesos á que daba lugar el espíritu de division, y conformándose en todo lo demás con el espíritu del Evangelio, podian seguir sin peligro cualquiera de las dos obediencias, supuesto que una y otra tenian á su favor hombres muy hábiles, y Santos distinguidos con el don de milagros. Así lo confesó San Antonino á mediados del siglo siguiente, estando persuadido por otra parte de que Urbano VI era el único Papa verdadero. La razon que da es que nunca se pudo resolver la cuestion de tal modo que no quedase mucha duda é incertidumbre. „ Aunque se debe creer indispensablemente (añade) que no hay mas que una sola Iglesia y una Cabeza visible de esta Iglesia, no hay la misma necesidad de creer, cuando se eligen dos Papas á un mismo tiempo, que éste ó aquel sea el Pontífice legitimo. El pueblo incapáz de este discernimiento, sigue con seguridad de conciencia el dictámen y la conducta de sus preladoss.”

16. No creyéndose seguro en Fondi el Papa Clemente, se habia retirado á Nápoles, cuya Reina le protegía con toda la vivacidad de su resentimiento

contra el rival de su protegido; pero los napolitanos no estaban dominados de la pasion de su Soberana, y permanecian adictos por punto general á su compatriota Urbano. Por esta razon fue Clemente mal recibido del pueblo, y se retiró al castillo del Huevo, donde no tardó en tener nuevos motivos de sobresalto, pues supo que Urbano trataba de hacerle prender, y que habia publicado contra él la cruzada con la indulgencia de la tierra santa. Por consiguiente, tomó la resolucion de acercarse á los Príncipes mas poderosos de su obediencia; atravesó los mares en las galeras que por fortuna halló prontas á dar la vela, y fue á establecer su residencia en Aviñon. Así pues, adquirió el cisma nuevas fuerzas donde habia tenido su origen.

17. Abandonándose Urbano cada dia mas y mas á su genio violento, formó una causa á la ligera á la Reina de Nápoles (1), la declaró rea de cisma, de heregía y de felonía, la privó del reino, de todos sus bienes y dignidades, y absolvió á todos sus vasallos del juramento de fidelidad, prohibiendo que se la prestase obediencia, pena de escomunion contra las personas, y de entredicho en las comunidades. Inmediatamente llamó de Hungría al duque Carlos de Durazzo ó de la Paz, para darle el reino de Nápoles (2). Carlos, que era pariente muy cercano, y heredero de la Reina Juana, no podia consentir en violar las leyes de la sangre y de la diadema; pero temiendo el Rey Luis que Carlos pretendiese

(1) *Rain. ann. 1380.* (2) *Niem. lib. 1. cap. 21.*

la corona de Hungría con perjuicio de sus hijas, supo vencer su repugnancia, y puso á sus órdenes un ejército para que fuese á apoderarse de los estados que se le destinaban. Solo le faltaba dinero; pero se lo facilitó la rabia de Urbano. En primer lugar vendió este Pontífice á varios ciudadanos romanos una parte de las posesiones y derechos de las iglesias y monasterios de Roma: lo cual produjo mas de ochenta mil florines. Despues vendió los vasos sagrados ó los derritió para acuñarlos (1). En fin, se dió una orden indeterminada para empeñar por cierto tiempo ó para enagenar perpetuamente los bienes muebles y raices de las iglesias, no obstante las reclamaciones de los prelados y de los demás titulares.

18. Buscando la Reina Juana un apoyo poderoso contra Carlos de la Paz, puso los ojos en Luis, duque de Anjou, hermano del Rey de Francia; y de acuerdo con Clemente VII le adoptó por hijo y heredero, pues aunque llevaba ya cuatro maridos, no habia tenido sucesion. El Papa y la Reina estrecharon inmediatamente al duque de Anjou para que pasase á Italia antes que llegase Carlos de la Paz, pero habiendo muerto entretanto el Rey de Francia, fue este suceso un obstáculo para la celeridad que tanto apetecian.

19. A 16 de Setiembre de 1380, despues de haberse consumido por espacio de mucho tiempo con un veneno que le habia dado el Rey de Navarra,

(1) *Rain. ann. 1380. num. 2.*

murió á los cuarenta y cuatro años el Rey Carlos V, el restaurador del estado, el vencedor de todos sus enemigos, el conquistador de una porcion considerable de su reino, buen hijo, buen padre, buen amo, y uno de los monarcas mas religiosos y mas sábios. (1). La sabiduría y la grandeza grabadas en su alma se manifestaron en todas sus acciones, sin el menor detrimento de su piedad. Ayunaba todos los dias de precepto, y regularmente un dia mas cada semana (2). Sin embargo de su quebrantada salud, no se atrevia á comer huevos ni lacteinos en tiempo de cuaresma, á no ser que se lo permitiese el Sumo Pontífice; por la mañana rezaba muy temprano las horas canónicas con sus capellanes; no pasaban ocho dias sin que purificase su conciencia de las menores manchas por medio de la confesion, é interrumpia la caza y las diversiones mas de su gusto por oír misa. En la corte estableció todo el orden de una comunidad regular, con horas para los ejercicios religiosos, para las ocupaciones públicas, para los asuntos privados, para la conversacion y para el recreo: y la nobleza de su alma y de sus modales imprimia á estas prácticas comunes un aire de grandeza y de magestad, que realizaba el esplendor de la diadema en vez de obscurerle.

Era magnífico en sus palacios, en sus muebles y en sus trenes; pero nunca empleó sus liberalidades.

(1) *Ms. Christ. Pisan. ap. Le Beuf. t. 3. p. 379. et seq.*

(2) *Spicil. Dacher. t. 4. p. 300.*



des con mayor complacencia que cuando se trataba del culto divino y del alivio de las desgracias de su pueblo (1). En el inventario que se conserva de los ornamentos de su capilla real, se hace mencion de veinticinco cruces de oro y veintinueve de plata, de diez estátuas de oro y ochenta de plata, de treinta y dos cálices de oro y quince de plata, siendo lo demás á proporcion, y todo ello de un peso mas prodigioso que su número, con joyas de diamantes y de otras piedras preciosas de un valor inestimable. Una infinidad de iglesias recibieron de él regalos igualmente magníficos. Sus limosnas eran copiosas, y muchas veces las daba por sí mismo á fin de honrar á Jesucristo en los pobres, á los cuales besaba religiosamente las manos al mismo tiempo que se las llenaba (2). Solo estimaba su poder porque le ponía en estado de egercer su beneficencia. Felicitándole un cortesano por las prosperidades de su reinado: *si, le dijo, soy verdaderamente feliz, porque puedo hacer bien* (3). La superioridad de su clase le parecia una obligacion mas estrecha de elevarse igualmente por su virtud, como lo manifestó de un modo memorable con motivo de un caballero que habia hablado con demasiada libertad y desenvoltura en presencia del Delfin. Le hizo salir de la corte, diciendo que era necesario enseñar á los hijos de los Reyes á aventajar en buenas costumbres á aquellos á quienes habian de es-

(1) *Ms. de la Bibl. Real num. 3356.* (2) *M. chist. Pis.*

(3) *Ibid. p. 152.*

ceder en dignidad (1). En cuanto al estado eclesiástico, habia formado de él una idea tan alta, que hubiera querido mas (decia) restituirle á su regularidad primitiva, que reunir la corona imperial á la de Francia: prueba del ardor de su celo y de la profundidad de sus miras, las cuales le daban á entender el poderoso influjo de las costumbres del clero sobre las del pueblo.

Una vida tan edificante fue coronada con una muerte no menos santa. Luego que conoció el peligro en que se hallaba, hizo una confesion general, y recibió inmediatamente los sacramentos de la Eucaristía y de la Estremauncion, pidiendo perdon al concurso que era extraordinariamente numeroso. Habia mandado abrir las puertas para que entrase el pueblo y viese el estado de humillacion á que reduce la muerte á los Reyes, igualmente que á los hombres mas infelices. Quiso tambien justificar un partido de tan grande importancia como el que habia tomado, declarándose á favor de Clemente VII (2). En el momento de comparecer delante de Dios, declaró públicamente que no se habia decidido á favor de un Papa mas que de otro por ningun motivo humano, sino únicamente porque habia creído obrar bien, siguiendo el dictámen de los cardenales, á quienes corresponde la eleccion de los Papas; y el de su consejo, de sus preladados, y de los hombres mas sábios de su reino,

(1) *Le Beuf. Disert. t. 1. p. 49.* (2) *Ursin. p. 1. = Rain. ann. 1380. num 10.*

los cuales habian examinado el asunto con toda madurez y libertad. „Sin embargo, añadió, en caso de que me haya engañado, lo que ni creí entonces ni creo ahora, protesto para mayor seguridad que me refiero á la decision de la Iglesia universal, ya sea que se esplique en un concilio general ó de cualquiera otro modo.” Carlos V dejó dos hijos: el primero, que aun no tenia diez años, le sucedió con el nombre de Carlos VI; y el segundo que no pasaba de nueve fue duque de Orleans. Dejó tambien tres hermanos, el duque de Anjou, llamado á la corona de Nápoles, el duque de Berri y el duque de Borgoña: Príncipes que con su union debian ser el apoyo del reino, mas que por una antipatía perpetuada hasta sus descendientes, fueron su mayor azote, y faltó poco para que le arruinasen.

20. El primer dia de Junio de 1381 Urbano declaró solemnemente á Carlos de la Paz Rey de Nápoles, con una condicion muy notable entre otras muchas, y que puede servir para juzgar del celo que procede de un encaprichamiento. Por ella se obliga Carlos á ceder al sobrino del Pontífice el principado de Cápua, el ducado de Amalfi y otras muchas y grandes posesiones que se especifican en el tratado, esto es, á despojarse de una porcion considerable del reino. Marchó Carlos inmediatamente á Nápoles, cuyo pueblo se rebeló contra la Reina, y le abrió las puertas. Juana se mantuvo encerrada en el castillo del Huevo, y contentándose el nuevo Rey con dejar bloqueada la fortaleza,

se dirigió contra el Príncipe Oton, marido de la Reina, al cual venció y le hizo prisionero, obligando despues á su esposa y á todos los que habian seguido su suerte, á rendirse á discrecion. De este número eran dos cardenales clementinos, llamados Santiago de Ittro y Leonardo de Giffon (1). Queriendo este último congraciarse con el vencedor, dejó públicamente las insignias de su dignidad y arrojó el capelo al fuego; pero no pudo libertarse de la prision, la que fue en extremo rigurosa. El otro mostró mas valor y fue mas maltratado, hasta que por fin murió cargado de cadenas, lleno de miserias y consumido á fuerza de ultrages.

Habiendo llegado á Francia la noticia de estos reveses, faltó poco para que el duque de Anjou renunciase el derecho que tenia á la Sicilia. Pero los otros dos tios del jóven Rey que estaban interesados en alejar á un primogénito que hubiera tenido la mayor y mejor parte en el despacho de los negocios, reanimaron su esperanza, y no omitieron diligencia alguna para poner á sus órdenes un ejército escelente. Tomaron las armas los principales caballeros, y llegó á sesenta mil el número de los combatientes. El antiguo historiador de Carlos VI compara este ejército por su magnificencia al que llevó Gerges á Grecia; y en efecto fue tan costoso, que quedaron apurados todos los recursos de la corte, de las provincias y de la iglesia galicana.

21. El deseo de poner en libertad á la Reina

(1) *Rain. num. 26.*